

## POR EL CLAUSTRO DEL CONVENTO

VÍCTOR MANUEL JIMÉNEZ ANDRADA

---

Estaba atrapado en las mieles del infierno, totalmente ebrio por los dulces licores destilados por el mismo Belcebú. Mi sed se aplacaba con los manantiales más oscuros y tenebrosos y mi hambre solo se calmaba con las sangrientas carnes del pecado. Una buena mañana conseguí huir. De aquello hace cinco años...

\* \* \*

Paseo por el claustro del convento. Me detengo a contemplar la intensa lluvia que azota, desde primera hora de la mañana, las viejas piedras. En el centro, la gran palmera centenaria se mece suavemente. En lo más alto de la torre, las cigüeñas en sus nidos aguantan, como estatuas, el chaparrón. El cielo aparece en matices grises y malvas pero el día no es oscuro. La luz se deja ver entre los velos de nubes. Huele a limpio, a campos mojados, a vida...

Los cinco largos años que han pasado desde que decidí mi retiro han sido duros y tortuosos, llenos de penitencias y sacrificios, pero ahora puedo decir que he alcanzado la paz de mi alma tanto tiempo anhelada. Mis pies se han acostumbrado a calzar sandalias y mi cuerpo siente como caricia el basto tejido de mi hábito.

Rezo y, entre mis dedos, jugueteo de forma mecánica con las cuentas de un viejo y desgastado rosario de madera. Tomo el pequeño crucifijo con mis manos y miro de nuevo al cielo. Quedo entonces maravillado por la presencia tan grande, intensa e inmensa de Dios. Mi espíritu se llena de la calma que emana del paisaje cerrado del claustro y de su cúpula celeste cubierta de nubes.

Divago por un momento y entretengo mis pensamientos en los años y años de los que han sido testigos estas piedras sagradas. Paso sobre las tumbas de mis hermanos antepasados; casi siento la presencia de sus santos huesos bajo mis pies.

Mi corazón está tranquilo y mi conciencia, totalmente transparente, está limpia de toda mancha.

Sigue lloviendo. Entonces veo que se acerca un hermano apresuradamente. Es Pedro, el viejo portero. Trae en su mano algo que agita llamando mi atención. Cuando está a mi altura me extiende un sobre. Lleva mi nombre y la dirección del convento pero no tiene remite. Pedro se retira y me deja intimidado para leer la carta.

Rasgo el sobre con algo de impaciencia. Nadie me había escrito en los últimos tres años y mi padre anciano es el único con el que hablo por teléfono una sola vez al mes.

Me acerco a la claridad y comienzo a leer. Es apenas medio folio escrito con letra redonda, femenina y conocida, muy conocida. Son apenas una docena de líneas, de tinta azul oscura, profunda, intensa. Son pocas palabras, pero suficientes para dar un tremendo vuelco a mi vida.

Lloro amargamente, lloro como un niño indefenso. Me retiro a la capilla con la carta aún en la mano. Rezo implorando fuerzas, rezo con la angustia apretando mi garganta seca, me encomiendo a todos los Santos y abro mis brazos en cruz mientras alzo la vista hacia la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de la Soledad. Allí paso largas horas hasta que, por fin, alguien viene a buscarme. Salgo de nuevo al claustro. El día lluvioso ha dejado paso a un cielo negro de infinitas estrellas.

\* \* \*

Ha amanecido aunque yo llevo despierto desde las cinco de la mañana. He seguido mi rutina, pero ha llegado la hora.

Hasta bien entrada la medianoche estuve confesando mis angustias con el prior. El hermano Manuel es sabio y justo. Es un hombre comprensivo y me ha escuchado sin apenas pronunciar palabra. Ha leído la carta, cada una de sus líneas, cada una de sus terribles palabras. Me ha dado su bendición después de meditar cada consejo. Ahora sé lo que debo hacer.

Me despido de mis hermanos con los ojos empañados de lágrimas. Me abrazo a cada uno de ellos y me reconfortan con su sonrisa y su ánimo. Sé cuanto voy a echarlos de menos, pero solo hay un camino.

Voy a mi celda y cambio mi hábito, mi querido y austero hábito, por ropa de calle. La misma que vestía el día que entré. Pedro toma una llave y abre la puerta. Abandono mi clausura dejando atrás buena parte de mi propia vida.

\* \* \*

Es mediodía, camino por una calle de la ciudad. Soy un hombre como otro cualquiera. Esta noche volveré al infierno y a sus néctares. Volveré a sentir el perfume intenso del mal, volveré a caminar por los senderos más oscuros y a subir cumbres escarpadas y misteriosas. Esta noche dejaré los caminos de la santidad. Me voy a sumergir otra vez en los pantanos más turbios y peligrosos. Todo para encontrar de nuevo tu mirada.

## POSESIÓN

Poseído por los tentáculos de tus palabras tentadoras, mis sueños se turban en la madrugada, y me lanzo con los ojos cerrados a terribles abismos, sin medir las consecuencias.

Mi espíritu deja de ser mío y, dentro de mi ser, siento la presencia de otro que no soy yo.

Entonces vienen las musas oscuras a vomitar garabatos desde la punta de mi pluma. Intento así escupir el veneno que, como etérea sombra fantasmal, depositaste en mis labios sedientos.